

tes, les habríamos explicado el enigma diciéndoles que los furores de bando son como el furor de los vientos, que azotan con mayor fuerza los robles que los otros árboles. Por lo mismo que ha tocado al caudillo bajar a la tumba en noche tempestuosa, los que amamos su memoria esperamos que amanezca el día de la justicia, y el torrente se ponga en el debido nivel, y se recuerden en toda su importancia y magnitud los servicios que Carlos Holguín prestó a su país y a su causa.

Octubre 26 de 1894.

MARCO F. SUAREZ

PLÁTICA Y DESVARIO DE LOS CRONISTAS

No quiero decir cómo ni cuándo me hice amigo de cierto caballero del Orden de Santiago, por más señas del Consejo de S. M. el Rey de España en los Supremos de Castilla y de las Indias. De los múltiples estudios a que se entregó en Salamanca, sacó notable versación en cánones y leyes, amén de una curiosidad universal que nunca le dejó sosegar. Vida le faltó para escudriñar cédulas reales, leyes de Indias y bulas pontificias porque fue gran jurisconsulto, y por lo que atañe a noticias curiosas y copia de erudición pocos igualaron a Don Juan (que así se llamaba el caballero) en diligencia para allegarlas y disponerlas con muy buen seso y orden exquisito. Agreguemos que desempeñando comisiones regias, anduvo muchas tierras, mejoró su hacienda, ilustró el Gobierno de S. M. y multiplicó el ya crecido caudal de especies que atesoraba en la memoria y revolvía en el entendimiento.

Don Juan murió en Madrid por los años de 1654.... Grave inconveniente nos ofrece esta fecha para entender lo de mi amistad y trato con el buen caballero, a no ser que supongamos artes ocultas y mágicas, merced a las cuales hubiera podido traerle desde tan re-

mota edad a platicar conmigo en estas noches. Sobra decir que no se trata aquí de espiritismo ni de embleco alguno luciferino. Para hablar largo y tendido con Don Juan no son menester muchos requilorios; hay no obstante ritos y observancias indispensables para lograr su compañía, pero los callaré por ahora; no ha de exigírseme que ponga a todo el mundo en autos de lo que enseña el docto portugués D. Manuel do Moura de Mello en su rarísimo tratado «de Incantationibus seu Ensalms», impreso con venia de la Inquisición en 1620 y guardado celosamente en esta Biblioteca del Mayor del Rosario.

Allí es también donde suele Don Juan comunicarme algo de lo muchísimo que sabe. Y no he de pasar en silencio que se manifiesta o aparece en dos sitios distintos. En ocasiones surge detrás del sofá del Libertador, y en ocasiones le encuentro no muy lejos de la baranda que divide el recinto. Anotar que viste a usanza de su época, por sabido se calla; mayor interés podrán tener las circunstancias de que a veces habla en latín y a veces en castellano, y de que si es disertisimo y superabundante cuando emplea la primera de estas lenguas, es pulido y esmeradísimo cuando usa de la otra, tanto que, según me advirtió, la Academia Española le tiene puesto en el número y categoría de sus autoridades.

—Vuesa merced perdonará—le decía en una de nuestras entrevistas—si cediendo a la tentación de averiguar vejeces, le provoqué a narrarme algunos antecedentes del descubrimiento y conquista de estas tierras. Hoy cualquier suceso, aun de los triviales y cotidianos, hace mover plumas y menear lenguas tan apresuradamente que aun los mismos que lo presenciaron, abrumados y confundidos por tantas opiniones, no saben a qué atenerse, ni casi se atreven a fiarse de sus propios ojos y oídos. Allá en los tiempos idos, cuando se anunció que un orbe nuevo entraba en los dominios de la Geografía y caía bajo la jurisdicción y cetro de

Su Majestad, cómo sería el llover de juicios y conjeturas, sablos y desatinados, cómo sería el fantasear a destajo y atropelladamente sobre cosas no vistas, el enredarse en infinitas disputas y el rebotar de sus argumentos, más elásticos y escurridizos cuanto más desprovistos del apoyo y garantía de la realidad!

—Algo, y aun mucho hubo de eso—respondió Don Juan—pero no vayas a imaginarte que la correspondencia y paralelismo entre tus tiempos y aquellos otros remotísimos sean del todo estrechos y ajustados. Allá el arte impresoria estaba en mantillas, y ora por la cordedad de sus recursos, ora también porque no pudiendo atender sus maestros y obreros a la cantidad, ponían el mayor empeño en acendrar la calidad, es lo cierto que la tal arte apenas alcanzaba a satisfacer el afán de los que reclamaban la impresión de obras antiguas y la publicación de las que entonces se escribían a costa de luengas y estudiosas vigiliass. No cualquiera se arrojaba a la empresa de mandar a la oficina tipográfica un volumen, tampoco eran muchos los que podían adquirirle: en general los libros eran para los peritos y adinerados, el vulgo se atenía a lo que de viva voz se le comunicaba en la iglesia y en la plaza, o a las noticias que la fama le traía de las universidades y de las cuestiones que allá dentro dividían a las escuelas y las armaban unas contra otras. Mas en esta tu edad veo que el arte impresoria da para todo y para todos; tus contemporáneos no se sacian de leer, ni las prensas le ponen término a las impresiones; tan arrebatado y presuroso es aquel apetito como este frenesí, y para proveer al uno y al otro es fuerza que se multipliquen las opiniones, que abunden y sobreabunden los juicios, que se discuta así de lo grande como de lo pequeño, que la audacia y desenfado en el estimar sucesos y personas reemplacen el pausado escrutinio que antaño se hacía de las cosas, que los autores escriban a destajo y discurran a media rienda, y que, finalmente, sean las mentes de los lectores como ventas y mesones donde

las ideas e invenciones ajenas, como huéspedes y viajeros urgidos entran hoy y salen mañana dejando por rastro suyo el desaseo, alborotando la casa a deshora y ahuyentando de ella aquel buen aspecto de estabilidad y arraigo que es propio del vivir ordenado. Si piensas en esto, comprenderás que el descubrimiento de estas Indias occidentales dio pábulo y ministró materia a las lucubraciones de los eruditos y que a este propósito hubo entre ellos porfiadas controversias en que agotaron la ciencia, las sutilezas y aun las imaginaciones de que eran capaces. Aquello, en suma, fue muy académico y concienzudo, a veces nos llega a parecer grave e indigesto, Incomprensible quizá. Mas en aquel tiempo, ese era cabalmente el mayor regalo de los doctos, ávidos de dificultades y cavilaciones donde pudieran lucir lo agudo de sus entendimientos. Al pueblo, a las muchedumbres, poco se les alcanzó de estas sapientísimas disputas, ni creo que se apasionaron por uno u otro sistema; importábales sólo la expectativa de las soñadas riquezas que todos de consuno afirmaban existir en el mundo nuevo.

—Vuesa merced, señor Don Juan—le interrumpí— quiere hacerme palpar que en punto de opiniones y noticias acerca del hallazgo y calidades de este mundo nuevo no podemos contar sino con el parecer de los doctos. De perlas se me hace esta circunstancia, porque así, la historia que ellos nos den tendrá el doble respaldo de quesus autores, a más de haber sido contemporáneos de los sucesos que narran, fueron también de gran sabiduría y discreción.

—No lo veo yo tan claro—respondió Don Juan— ¿Quién te ha dicho, por ejemplo, que los contemporáneos de un suceso son los que lo entienden cabalmente? Verán quizás sus pormenores, se harán cargo de las varias porciones de realidad que los componen, puntualizarán los personajes que intervinieron en el hecho y serán exactos cuando se trate de fechas y nomenclaturas. Pero esto sólo no es Historia.

—¿Y por qué no ha de serlo, señor Don Juan?

—Porque así como no es banquero ni cambiista el que trata en dineros contantes y sonantes pero sin conocer el valor de las especies que maneja, tampoco será historiador el que no acierta a darles a los hechos que registra el valor o significación que les compete. Y esta dificultad ¡vive Dios! que no ha habido sino poquísimos que la venzan. De ordinario la historia de un suceso no se escribe de veras sino dos o tres siglos después de su acaecimiento. Ni los que asistieron a él, ni mucho menos los que fueron parte en el negocio pudieron estimarlo con mente libre y desembarazada, midiéronlo más bien conforme a los pensamientos gobernadores de su edad, y en ellos, como en molde definitivo, pretendieron encajarlo. Aquí vendría de molde lo que escribió López de Gómara al principio de su Historia General de las Indias: «Contar cuándo, dónde y quién hizo una cosa, bien se acierta; empero, decir cómo, es dificultoso», y añade citando a Salomón: «Con dificultad juzgamos las cosas de la tierra, y con trabajo hallamos lo que vemos y tenemos delante». De que se sigue que un suceso, y más si es de los raros y estrepitosos, es de grande utilidad para justipreciar las opiniones, propósitos y pensamientos de los contemporáneos que lo refieren. Decir lo contrario, es a saber, que tales opiniones, propósitos y pensamientos sirvan para esclarecer y puntualizar el suceso, no me parece igualmente cierto ni aun probable. Pero, ¿a qué amontonar palabras cuando un ejemplo te persuadirá quizás a que estoy en lo cierto? El más astuto cortesano de D. Felipe II no creo yo que adivinara enteramente los pensamientos que guiaban al monarca en la edificación del Escorial; mas el perspicacísimo Bertrand que ahora, en tus días, discurrió sobre esa fábrica sin par, tengo para mí que dio en el hito y dejó patentes las intenciones del cauteloso D. Felipe.

—Pero, y aquella grande erudición y doctrina de los cronistas viejos ¿no les habilitó para atinar con la verdadera significación de las hazañas y descubrimientos a que asistían?

—A algunos más aventajados y sagaces, quizás los puso en camino de adivinar esa significación que dices. Pero este caso fue siempre de extremada rareza. El ordinario y habitual pienso yo que podría dilucidártelo con ayuda del P. Kircher y de Jorge Agrícola.

—No pase adelante Vuesa merced sin decirme de qué tratan estos dos ignorados autores.

—Escribió el jesuita Kircher un crecido volumen que llamó «Mundus Subterraneus», y disertó Agrícola sobre los secretos de la metalurgia y minería en su tratado «De re metallica». Entrambos fueron celebradísimos en los siglos XVI y XVII, y has de saber que tienen méritos sobrados para que los veneres como patriarcas de las ciencias geonómicas o geológicas; pero a vueltas de muchas admirables disquisiciones suelen entrar-se por el campo de la fábula y traer de allá peregrinas invenciones. La que hace a mi intento es aquella de unos duendecillos, que otros apellidan *gnomos*, habitantes de las entrañas de la tierra y confinados allí perpetuamente. Imagínalos discurrendo por todos los senos y reconditeces de este mundo, y construyendo con ayuda de sus descubrimientos y experiencias la idea general de la creación. ¿Qué noción tendrían de los árboles, de la variedad y opulencia de su follaje, de la maravillosa hermosura de las flores, de la diversidad de gustos y sabores que encierran los frutos, si apenas conocen las raíces que ahondan en la tierra, robustas y poderosas las unas, ahiladas y tenues las otras, frágiles éstas como una cabellera, recias las otras y tan duras que casi compiten con las vetas de metal? Pues ahí tienes una semejanza o analogía de lo que acontece con los historiadores de sucesos contemporáneos, que sólo pueden ver y estudiar en ellos unas como raíces de lo porvenir, y unos fundamentos de lo

que habrá de crecer, Dios sabe con qué proporción, con qué beneficio, con qué daño o con qué pujanza, en épocas posteriores. Y muchas veces sería cosa de risa cotejar la cabal noticia de una encina o de un rosál, con la que se habrían forjado aquellos duendecillos o *gnomos* considerando exclusivamente las raíces de la una y las de la otra.

—Hablando así, Vuesa merced se expone a que otro día lo acusen de apocar o desestimar la obra de los cronistas.

—Mal me entiendes, porque aun siendo tan limitado y parcial ese conocimiento de las raíces y principios, dista mucho de ser infecundo. De esos historiadores que me atreví a comparar con los duendecillos del P. Kircher, hubo quienes se sumieran en las nimiedades y minucias de una erudición yerta, pero también los hubo que se alzarán como videntes sobre el menudo polvo de los hechos y con la divina fuerza de la evocación, devolvieran la vida a las edades muertas, o adivinaran el misterio que en ocasiones envuelve los destinos de una raza. De mí sé decirte que sólo entendí el desamparo trágico y la inacabable desolación de los Incas, cuando puse los ojos en estas palabras de Garcilaso el descendiente de Tupac Yupanquí:

«Estando mis parientes en esta su conversación, hablando de sus monarcas y antiguallas, de las grandezas y prosperidades pasadas, venían a las cosas presentes: lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república. Y con la memoria del bien perdido, siempre acababan en lágrimas diciendo: 'trocósenos el reinar en vasallaje'. (Com. R., 1.^a pte., lib. I, caps. XV y XIX). Jamás encerró otro tanto sentimiento Tito Livio en la más pulida frase de sus Décadas.

¡Y si supieras cómo poseyeron ciertos cronistas aquel hechizo que trasfigura las palabras y reemplaza con solo ellas el artificio de la pintura y de la música! ¡Si entendieras como saben trascender lo que los ojos

ven y las orejas escuchan, y como espolean el entendimiento y la imaginativa para que, más allá de las formas y apariencias, vayan a arrojarse en la contemplación de otras mayores y siempre inalcanzables hermosuras! Guardo memoria de cierto pasaje en que el propio Garcilaso suspende el relato de las bravuras y de las desgracias de los incas ahora guerreros, ahora fugitivos, para hablar «de aquella flauta que desde el otero llama con mucha pasión y ternura». (C. R., Lib. II, cap. XXVI). Dijérase aquí que todas las estruendosas mudanzas y turbiones que desbarataron el noble imperio incáico, se resuelven en el lloro y gemido postrimeros de esa flauta salvaje, que jamás acabará de publicar mansa y dolorosamente las cuitas y pesares del alma indígena. Que si prefieres al cronista cuando pinta grandezas, oye cómo pondera y agiganta, acumulando vocablos, las cumbres andinas y esa su blancura perenne y silenciosa: «Aquella nunca jamás pisada de hombres ni de animales, ni de aves, inaccesible cordillera de nieves». (C. R. I.^a, Lib. I, cap. VIII).

Y quien así otea las serranías altísimas, puede otro día quedarse cautivo «de los revuelos que pajarillos y cernicalos van tejiendo entre las grietas de antiguos y ya desplomados edificios» (C. R. Lib. VIII Cap. XX). Mas donde entiendo mejor el desmayo y la tristeza que de una vez para siempre se asentaron en el alma indígena y la dejaron señalada y muy otra de lo que antes era, donde veo el irremediable desengaño que se grabó en ella tan ahincadamente que no sólo la hizo incapáz de renovar proezas y hazañas pretéritas, sino que la puso en el trance de consumirse a sus solas, donde leo el por qué del abatimiento de esta raza siempre recelosa de la cultura de los europeos y siempre amedrentada por no sé qué imperio de la fatalidad adversa, es en esta frase que suena en mis oídos como el lamento final que harán los hombres y sus razas.

«Cuando se perdió aquel Reyno de los Incas; cuando saquearon sus más preciadas riquezas y derribaron

por el suelo sus mayores majestades..... sólo quedaron algunos de sus hechos y dichos encomendados a una tradición, flaca y miserable enseñanza de palabra de padres a hijos, la cual también se va perdiendo con la entrada de la nueva gente y trueque de señorío y gobierno ajeno».

Ahora me acuerdo de que estos lloros hacen consonancia con las endechas de Jorge Manrique:

*«Y pues vemos lo presente
Cómo en un punto se es ido
Y acabado
Si juzgamos sabiamente
Daremos lo no venido
Por pasado».*

—Advierta Vuesa merced que estas coplas no tienen que ver con las desventuras de los indios; españolas son del más empinado abolengo y del solar más castizo.

—No he dicho lo contrario. De pasada no más las traje a colación pensando que en la índole de los americanos australes, en sus vicisitudes, en sus empresas y hasta en las cualidades y defectos que los particularizan, tienen parte no pequeña las dos corrientes de desengaño y pesadumbre que se juntaron en estas tierras. Oíste hablar de la tristeza de los indios, y acabo de citarte la que, nacida en España, pasó el mar con los conquistadores. Pero quédese ahí esta persuasión mía, y volvamos a los cronistas.

—Que no siempre fueron—dicho sea con la venia de Vuesa merced—tan atildados ni tan dulces como el Inca Garcilaso.

—Pero casi todos fueron filósofos, quiero decir que gustaban de enhebrar razonables consideraciones y juicios de eterna verdad con los hilos de las historias que escribían. Por lo cual ya te advertí que ellas nos descubren lo que por entonces se pensaba en el mundo y cuáles eran los cánones de la sabiduría contemporánea.

—Cuán desatinados parezcan hoy, no quiero averiguarlo.

—Desatinados, dices? El desatinado eres tú que me dado a admirar los adelantamientos de las ciencias natura-

les con que se honra tu siglo, no piensas en el gran caudal de dictámenes imperecederos y de máximas saludables que fluye de las mentes antiguas y ha ido formando como la herencia moral de las edades siguientes. Quien lea con amor en los viejos maestros presto se hará cargo de que muchas de sus sentencias pueden aplicarse con igual propiedad a los sucesos antiguos y a los recientes. Mira, por ejemplo, esto que dice el P. Gumilla:

«Temo la crítica de los que por no tener más que aquella corta luz, que en sus países les da en los ojos, miden por solo ella lo restante del orbe terráqueo, reputando por parábola todo lo que excede a sus diminutas especies. Pero debo entre tanto prevenir a los que miran como fábulas las realidades del Nuevo Mundo, con la noticia cierta de que están muy bien correspondidos por otro gran número de americanos, que con otra tanta impericia y ceguedad, miden con la misma vara torcida las noticias de la Europa, con que acá miden estos deslumbrados las que vienen de las Américas. Es cierto que la notable distancia no sólo desfigura lo verdadero, sino también suele dar visos de verdad a lo que es falso, pero la prudencia dicta que antes de formar juicio decisivo, se haga madura reflexión...» (*El Orinoco Ilustrado*. Prólogo). La cita es larga pero no tiene desperdicio, porque ¿cuándo ha dejado ni dejará de ser patente que el Mundo Nuevo y el Antiguo han sufrido de una ignorancia reciproca de lo que son en realidad? Y para probarlo no quiero apelar sino a ese hecho de todos sabido, al afán desatentado con que suelen prohibirse ideas e instituciones, hábitos y costumbres que o no cuadran con la índole y estado de los americanos, o que no podrán serles de provecho sino al cabo de una dilatada labor de acomodación y de un estudio abincado de las circunstancias en que nacieron y de los pueblos a que habrán de aplicarse. Cosas hay que veo ensalzadas como panacea definitiva, no más que porque vienen de fuera; otras hay que se trasplantan como novedad bienhechora cuando en otras partes ya

fueron desmentidas por la experiencia; otras, finalmente, se introducen con pretensiones de perpetuidad y con sello de perentorias, sin reparar en que de suyo varían y dan vueltas con el tiempo a cuyo compás se mueven y de cuya inconstancia participan.

—¿Querrá Vuesa merced, según esto, que no les debamos nada a los que prosperan del lado allá de los mares? Tardía y desmedrada sería la cosecha de bienes que aguardamos si, fiándolo todo a nuestras fuerzas e inventiva, desaprovecháramos la doctrina y habilidad ajenas.

—No he dicho que las menosprecies, ni te he aconsejado que las ignores. Pretendo solamente que antes de adoptarlas se consideren lo que ellas valen en realidad, y lo que son estos pueblos, lo que han menester, lo que están llamados a dar de sí, y lo que mañana habrán de sacar a luz en el concierto o en la contienda universales. Ello no podrá ser jamás fruto de una imitación servil tal vez errada, de los extraños, sino efecto de la combinación y ajuste primorosos de lo justo que se traiga de fuera y de lo excelente y singular que se recata en cada una de las gentes que hoy se reparten el continente americano.

—Vuesa merced, señor Don Juan, parece aficionado a novedades.

—No te preguntaré si esto que dices debe sonarme a reproche, o debo recibirlo como alabanza. Si de novedades se trata, yo me atengo a lo que afirmó el P. Gumilla. Sus intenciones fueron idénticas a las mías, y al declararlas con gran ponderación, nos dejó un documento digno del más aquilatado político:

«Yo quisiera, que vista con claridad la existencia del Nuevo Mundo Americano, vean todos que siendo nuevo, no sólo se le llama así por su nuevo descubrimiento; sino también porque comparado con este Mundo Antiguo, aquél es del todo nuevo y en todo diverso. DE AQUI ES QUE PARA SU CABAL COMPRENSION, SON PRECISAS TAMBIEN IDEAS

NUEVAS, NACIDAS DE NUEVAS ESPECIES PARA EL TODO NUEVO Y PARA CADA PARTE DE POR SI».

—¿Y fue así, señor Don Juan, como entendieron los cronistas el mundo nuevo y sus historias?

—No lo afirmaré a carga cerrada y sin más ni más, porque fue achaque frecuente de los cronistas este de hacerle asco a las novedades y de graduar de imposible lo que salía de la línea que marcaba los confines y el NON PLUS ULTRA de la ciencia europea. Porque también ella tenía en aquel tiempo sus «columnas de Hércules» y su «última Thule», y a diferencia de esta edad tuya en que cada año acarrea maravillas materiales enantes no sospechadas, la edad de los cronistas aún permanecía muy atada con la autoridad de Aristóteles, Plinio y otros naturalistas cuyas sentencias andaban en opinión de inconcusas. Eran de otra parte las invenciones raras y la experiencia muy ruda, lo cual ya comprenderás cuánto le mermaba a la imaginativa y cuánto resfriaba las audacias de los entendimientos. Nacieron de ahí las críticas que unos a otros se hacían los cronistas y las tachas que se ponían, a ejemplo de Don Antonio de Solís que recelaba de las historias de López de Gomara porque «las escribió con poco examen y puntualidad, y dice lo que oyó, y lo afirma con sobrada credulidad, fiándose tanto de sus oídos como pudiera de sus ojos, sin hallar dificultad en lo inverosímil, ni resistencia en lo imposible».

—Luego sí hubo quienes admitieran y celebraran lo maravilloso y desconocido que el descubrimiento de las Indias introdujo en el universo.

—Que lo admitieran no es dudoso; que lo interpretaran justamente es cuestión muy distinta.... Pero.... ¿no oyes? pareceme que el señor Bibliotecario anda cerca.... cortemos la plática y ahorrémonos el pleito que de seguro nos movería si me encontrara fuera de mi domicilio y morada habituales.

Y con esto se desvaneció Don Juan.